

Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar

© Rogelio Cuellar



Creada por Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez, la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar de la Universidad de Guadalajara rinde honor no sólo al gran cronopio de nuestras letras, sino a su compromiso por el progreso y el desarrollo de los pueblos latinoamericanos. Se trata de un espacio idóneo para la discusión del papel civilizador del conocimiento, la cultura y la creación artística en nuestras sociedades. El pasado 11 de marzo tocó el turno de dictar la Cátedra al doctor Juan Ramón de la Fuente. En su presentación Carlos Fuentes apunta la importancia del momento histórico actual para nuestra cultura: una época de revolución informática sólo comparable con las revoluciones copernicana e industrial, y el reto de que nuestros países dejen de ser testigos y se conviertan en protagonistas de las complejas transformaciones de nuestro tiempo. Por su parte, el doctor Juan Ramón de la Fuente, después de recordar figuras fundamentales como Justo Sierra, José Vasconcelos, Carlos Pellicer y Daniel Cosío Villegas, aborda un tema de candente actualidad: la educación como uno de los retos centrales en el presente y el futuro de México, y la urgente necesidad de recuperar el proyecto educativo nacional.

Juan Ramón de la Fuente en la Cátedra Julio Cortázar

Carlos Fuentes

Hace once años, Gabriel García Márquez y yo fundamos la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar en honor de nuestro inolvidable amigo, el gran escritor argentino. Con toda intención, escogimos a la Universidad de Guadalajara que no sólo es representativa de la alta educación fuera de la capital de la República sino que mantiene una relación muy dinámica con los demás centros de estudios del país, notablemente con la Universidad Nacional Autónoma de México, a cuyo eminente rector, el doctor Juan Ramón de la Fuente, recibimos esta mañana con honor.

La Universidad de México ha sido, desde su fundación en 1551, la cabeza de nuestro sistema universitario. Pero a medida que el país ha crecido y se ha diversificado, cada vez es más obvio que la educación superior y sus instituciones deben, no sólo multiplicarse, sino sumar esfuerzos a fin de alcanzar, entre todas, el grado de conocimiento que en la actualidad no es monopolio de ninguna institución y de ningún país, pero que requiere, sin duda, constantes intercambios de saber entre los diversos centros donde se elabora la revolución del tiempo actual.

Me refiero a la transformación técnico-informativa que impulsa y refleja lo que podemos considerar una tercera revolución de la modernidad. La primera fue la revolución de la tierra (Magallanes) y de los cielos

(Copérnico) en el siglo XVI. La segunda, la revolución industrial de los siglos XIX y XX. Y la tercera, la creciente globalización de la información, la ciencia y la tecnología como motores del desarrollo.

Sujetos de la primera revolución (descubrimiento, conquista y colonización), objetos de la segunda (reserva de materias primas y mano de obra barata), debemos ahora prepararnos para ser actores, partícipes plenos y no ya ancillares, de esta nueva y tercera revolución. La ruta que emprendamos será, en altísima medida, resultado de la función que cumpla entre nosotros la Universidad.

Vivimos un gran debate mundial acerca del camino que la humanidad deberá tomar en el siglo que se inicia.

Se nos habla del fin de la Historia, pero ya sabemos que quienes lo proclaman quieren que permanezcamos capturados dentro de una historia, la suya, no la nuestra, porque nuestra historia no ha terminado porque no está conforme consigo misma, no da nada por concluido y lo da todo por conocer y reconocer.

Se nos habla del choque de civilizaciones, pero nosotros hemos vivido, más allá de los choques, el diálogo y la fusión de civilizaciones. Los mexicanos hemos creado un universo multicultural de raíces indígenas, africanas y europeas. Somos descendientes y continuadores de la gran área de civilización que se extiende del Golfo de

México al Mar Mediterráneo y de las islas del Caribe a las costas de África.

Se nos habla de un mundo unipolar y unilateralista donde rige el poder del más fuerte. Los mexicanos nos oponemos a semejante arrogancia y apoyamos, en cambio, un orden multilateral regido por el derecho y producto de la negociación de diferendos.

Digo todo lo anterior porque el fin de la historia, el choque de civilizaciones y el corolario de ambas premisas, la supremacía unilateral, han sido vencidos ya, o están a punto de caer, ante el embate de la simple pluralidad del cosmos humano, la diversidad de culturas y las aportaciones múltiples de mujeres y hombres en los cinco continentes, resultado de la dinámica global del conocimiento, la pluralidad del trabajo y la evidencia de la injusticia.

Hay muchas maneras de celebrar y apoyar esta diversidad problemática. El conocimiento humanista es una de ellas y es esencial: sólo nos conocemos a nosotros mismos en la medida en que sabemos reconocer a los demás. Tal es la misión del humanismo y nada la encarna mejor que la Universidad: dar a conocer al otro nos permite conocernos mejor a nosotros mismos.

Pero hoy se nos impone otro deber. Ha existido siempre, pero en nuestro tiempo se ha convertido en demanda *sine qua non* del desarrollo en general y del fortalecimiento de la identidad cultural en particular. Este deber exigente es el de la ciencia y la tecnología como signo y perfil del porvenir. O participamos del desarrollo científico y tecnológico o nos quedamos para siempre rezagados.

No otra cosa quiso decirnos el sabio humanista mexicano, Alfonso Reyes, cuando se quejó: "América Latina llega siempre tarde a los banquetes de la civilización". No a los de la cultura, que es la cabeza y el corazón del organismo social, sino a los de la civilización, que es los brazos y las piernas de la misma. Sabemos sentir. Sabemos pensar. Pero a veces no sabemos caminar.

La UNESCO, en una reciente publicación, toma nota del estado de la investigación científica en el mundo. Los Estados Unidos de América destinan, en números redondos, trescientos mil millones de dólares a la investigación. China, setenta y dos mil millones. La India, veintiún mil millones. México, cuatro mil millones, no sólo por debajo de las potencias científicas que acabo de mencionar, sino por debajo de Brasil y Argentina.

Y no es que no estemos preparando a mucha gente joven de excepcional calidad en las disciplinas de la investigación sin las cuales no hay innovación y en consecuencia, desarrollo. El problema es que en México le hemos dado prioridad a la innovación sobre la investigación, lo cual significa que, si no generamos ciencia y tecnología, pues la importamos.

China, la India, Malasia, Singapur, Vietnam, se han convertido en polos de desarrollo científico y tecnológico porque no sólo adaptan el saber, sino que lo generan. Y

lo generan porque existen vigorosas políticas de Estado que ven en el desarrollo técnico y científico la base para el desarrollo general de la población y para la ubicación de sus naciones en un mundo que será regido por la cooperación entre varios centros de poder o no será.

En México, generamos poco e importamos mucho. ¿Seguiremos importando o empezaremos a generar? ¿Habrá o no una política de Estado superior y eficaz que se aboque, más allá de los límites actuales, a generar ciencia y tecnología y una política empresarial que no se contente con importarla?

Tanto el sector público como el privado deben estar preparados para recibir a los miles de jóvenes mexicanos de excelente preparación en el exterior que, en muchas ocasiones, no encuentran en México espacio o, si lo encuentran, sienten que se ubican a costa de su vocación científica. Este va a ser tema central del nuevo tiempo mexicano y, me atrevo a creerlo, latinoamericano.

Corresponde a las Universidades y muy particularmente a la UNAM, ponerse a la cabeza de las políticas más enérgicas y avanzadas del conocimiento tecnocientífico, sin sacrificio alguno de su alto rango humanista.

Sin embargo, no nos va a bastar el discurso, brillante y duradero, de la cultura humanista que nos da nuestra voz. No nos van a bastar los discursos políticos, brillantes pero fugaces, de una democracia con voto libre pero con pies descalzos. Vamos a precisar una democracia que calce a la mayoría respetando su voto y una cultura que a la cabeza y al corazón le dé la fuerza motriz de la civilización: los brazos y las piernas del movimiento.

Y vamos a precisar guías morales, políticos e intelectuales como Juan Ramón de la Fuente cuyo credo, lo cito, consiste en afirmar:

Que la responsabilidad social y su evolución, los derechos civiles y su fuente de legitimación, nuestra conciencia y la penetrante visión de aquellos ciudadanos a los que nada puede ocultarse..., definirán los temas públicos más importantes de nuestro país en nuestro tiempo.

Por todos estos motivos, la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar recibe esta mañana con satisfacción a un hombre de ciencia y pensamiento, promotor de ámbitos culturales, coordinador de esfuerzos notables para convertir a la Universidad Nacional Autónoma de México en centro activo de relación con la red de altos estudios de la República y con los grandes centros del saber mundial.

Un hombre político, ético y universitario consciente de que sin educación no hay libertad y sin libertad no hay verdadera educación.

Discurso pronunciado el pasado 11 de marzo en la Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar de la Universidad de Guadalajara.